

**Matices en la cultura católica argentina.
A propósito de *Cristianos antifascistas*.
Conflictos en la cultura católica argentina,
de José Zanca.**

Por Miranda Lida*

(UCA/UTDT/ CONICET)

Fecha de recepción: 25/10/2013 - Fecha de aceptación: 23/12/2013



* Doctora en Historia (UTDT, 2003). Investigadora de carrera en CONICET desde 2006. Profesora Titular de Historia Argentina 3 en la carrera de Historia (Universidad Torcuato Di Tella) y titular de Historia Contemporánea II en la carrera de Historia de la Universidad Católica Argentina (UCA). También es profesora en el Doctorado en Historia (UCA). Becaria Fulbright 2008-2009.

Se especializa en temas de historia del catolicismo en la Argentina. Es autora de numerosos artículos especializados. Entre sus libros se cuentan: (2013) *Monseñor Miguel De Andrea. Obispo y hombre de mundo (1877-1960)*; (2012) *La rotativa de Dios. Prensa católica y sociedad (1900-1960)*; (2006) *Dos ciudades y un deán. Biografía de Gregorio Funes*. Coeditora del libro (2009) *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina, 1900-1950*.

Resumen

Este artículo aborda la última obra de José Zanca, *Cristianos antifascistas* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2013). A partir de su lectura, pueden abordarse y discutirse cuestiones tales como la secularización, la cultura católica en la Argentina del siglo XX, las variables que la atraviesan, entre otras cuestiones. Se trata de un buen punto de partida para nuevos estudios en el área, un campo que se muestra fructífero de posibilidades y nuevas líneas de estudios.

Palabras clave: Cultura católica- Historia intelectual- Historia política- Argentina- Siglo XX

Nuances of Argentine catholic culture. About *Cristianos antifascistas*. Conflictos en la cultura católica argentina

Summary

This article focuses on the last book by José Zanca, *Cristianos antifascistas* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2013). Through its reading, we can discuss and reconsider some key issues as the process of secularization, catholic culture in Argentina during the XXth century, and its variables. This is a good starting point for new studies in this area, a field that proves to be very fruitful to understand Argentine history.

Keywords: Catholic culture- Intellectual history- Political history- Argentina- XX century

Cristianos antifascistas es un neto producto de estos tiempos, escrito para el lector de hoy. Ágil, bien escrito, erudito sin ser monótono, el libro de José Zanca reconstruye la configuración del humanismo cristiano argentino desde el periodo de entreguerras, siguiéndole los pasos al muy influyente filósofo francés Jacques Maritain, cuyos vínculos con la cultura católica argentina (e incluso sudamericana, como ha estudiado Olivier Compagnon) se construyeron desde mucho antes de su visita a la Argentina en 1936.

Zanca sitúa la presencia maritainiana en sus entramados políticos y culturales, y analiza su recepción a lo largo de algunas revistas y plumas de cierta influencia en el catolicismo argentino, desde la década de 1930 hasta las vísperas del Concilio Vaticano II. El influjo maritainiano se enfrentó a una primera recepción bastante polémica en la coyuntura de la Guerra Civil Española, desde el momento en que Maritain rechazó el espíritu de cruzada invocado por los nacionalistas. Con la Segunda Guerra Mundial, Maritain vio afianzada su presencia, como pone en evidencia el decisivo ascendiente que encontró en el núcleo editor de la revista *Orden Cristiano*, pero ello no lo eximió de sumirse en nuevas controversias, fruto de las incertidumbres que la guerra produjo en ámbitos católicos. El itinerario se completa con la experiencia de posguerra, jalonada en el contexto local por el arribo al poder del peronismo y, en el plano internacional, por el creciente protagonismo de la democracia cristiana y la convocatoria al Concilio Vaticano II. Este tramo del recorrido, quizá más conocido, completa un rico trabajo en el que se entrecruzan la historia intelectual con la historia cultural, sea o no católica, para nutrir a su vez a la historia del catolicismo argentino de rejuvenecida savia, en sintonía con las tendencias que se han desarrollado en la historiografía del catolicismo argentino en las últimas décadas, atenta a los matices antes que a las afirmaciones tajantes, a las complejidades, a los grises. En este sentido, cabe augurar que el texto de Zanca se convertirá en un verdadero referente en su campo.

Conflictos en la cultura católica argentina, aclara Zanca desde el subtítulo. Una cultura católica tensionada por varias líneas de falla: las variables ideológicas no son las menos, en una época de grandes debates políticos como los que comprende este libro, pero además se suman otras, tales como las tensiones entre laicado y jerarquía eclesiástica, entre el clero local y el internacional, entre el catolicismo reformista y otro más conservador, que terminará por volverse remiso ante el concilio Vaticano II. En todos los casos, el humanismo cristiano se solapa con el antifascismo, y se contrapone al nacionalismo de entreguerras.

Así, los aportes de Zanca ayudan a pensar no sólo el humanismo cristiano, y los conflictos en los que participó en el seno de la cultura católica del periodo, sino también sus dinámicas intrínsecas, sus puntos de fuga, sus más agudas polémicas y así también sus convergencias. No es un dato menor que los epígonos de Maritain tuvieran más eco por fuera del mundo católico que en su interior, con debates y formas de participar en la esfera pública que eran similares a los que tenían lugar más allá del universo católico. Los maritainianos argentinos escribían en *Sur*, *La Nación* y en la *Criterio* de posguerra sobre todo, antes que en *El Pueblo*, Editorial Difusión o las abundantes industrias culturales, sean o no católicas, en las que se movían algunos de los voceros más furibundos del integrismo católico de entreguerras. Claro que no eran las únicas voces. En la muy popular –si no prestigiosa– editorial Tor se publicaban las parrafadas de Virgilio Filippo en vastísimas tiradas de gran llegada y visibilidad, potenciadas a su vez por su asidua presencia en distintas emisoras de radio. Las obras de Ducatillon o del propio Maritain, por contraste, accedían a editoriales sólidamente acreditadas en la opinión culta –Kraft, Losada o, entre los católicos, la refinada Desclée de Brouwer– pero tenían escasa llegada en la radio, precisamente uno de los medios de comunicación más atractivos de la época para los más amplios públicos, no necesariamente versados en los debates teológicos, políticos o culturales de más alto vuelo.

Tanto que se podría pensar en estudios en torno a la cultura católica de entreguerras en los que se distinga la cultura católica erudita de la de perfil más popular, también masivo. Puesto que no puede eludirse, en efecto, la existencia de una cultura popular católica que circulaba en libelos, todo tipo de opúsculos, así como también en los medios de comunicación de masas. Las industrias culturales católicas de entreguerras son todo un complejo universo. Estas variables, sumadas a los diversos matices ideológicos de los autores, ayudarían a iluminar fenómenos tales como los *best-sellers* de Hugo Wast, por mencionar uno de los más controvertidos autores católicos del período de entreguerras. O la publicación del escasamente acartonado librito de piedad titulado *Jesús... con Vos qué grande soy* del cura Francisco Reverter –su solo título es revelador–, fenómeno propio de los años veinte en el seno del catolicismo argentino. Reverter, sin embargo, era considerado una figura de poca monta para los ilustrados hombres de los Cursos de Cultura Católica, según muestra Zanca, puesto que no tenía el vuelo intelectual de los que frecuentaban ese foro: por algo lo miraban con tanto desdén. No obstante, Jacques Maritain no tenía pruritos a la hora de hacer publicar sus artículos en *El Pueblo*, y ello dice algo acerca de las formas de circulación y consumo que alcanzaron sus textos. Conflictos, y también matices, en la cultura católica argentina.

Pueden hacerse distintas lecturas del libro de Zanca. Una estrategia es seguir atentamente el recorrido histórico mediante el cual el autor acompaña al humanismo cristiano en momentos decisivos de la historia del siglo XX: los años treinta y la Guerra Civil Española; la Segunda Guerra Mundial y el advenimiento del peronismo; los desafíos de la posguerra, los cambios sociales y políticos introducidos por el peronismo, su crisis y la transición hacia el Concilio Vaticano II. Se trata de coyunturas que dieron origen a debates que tienen en la historiografía una larga tradición, tanto desde la historia política, intelectual, de las ideas y del catolicismo. Zanca logra pese a ello decirnos muchas cosas nuevas, con lucidez y por momentos una cierta cuota de ironía que se trasluce en más de un guiño para con el lector que sepa captar sus sutilezas. Porque no es sólo lo que se dice en el relato central que articula el libro, sino lo que

aparece en todos sus afluentes secundarios lo que reviste interés para el lector que busque una lectura remozada, refrescante de estos temas.

La sección del libro dedicada a la década del treinta presenta dos aportes sustantivos, hasta ahora bastante empañados por el debate medular acerca de la relación entre el catolicismo, los totalitarismos y la guerra de España. Por un lado, la recuperación de la voz de los vascos, un "otro" catolicismo que pudo desarrollarse como tal puesto que el régimen franquista no estuvo dispuesto a hacer concesiones a los regionalismos, de tal manera que este catolicismo fue difícil de asimilar para el bando nacionalista. Por otro, una nueva lectura de la relación de Maritain con la Argentina, que Zanca reconstruye minuciosamente, a través de archivos franceses y jugosas correspondencias privadas que hasta ahora no habían sido abordados por los historiadores argentinos. Esta relación guarda similitudes con la que sostuvieron con la cultura argentina otros muchos artistas, escritores e intelectuales. Lo mismo cabe decir de las actitudes de Maritain en Buenos Aires en 1936, puesto que no fueron muy diferentes de las de otros escritores y ensayistas que acudieron a las sesiones porteñas del PEN Club. Baste recordar el célebre debate entre Jules Romains y Carlos Ibarguren. El antifascismo despertaba honda atracción entre los intelectuales europeos provinieran o no de la cultura de izquierda, y más todavía una vez que el nazismo se involucró en suelo español y se volvió una amenaza para Francia. Así, Maritain se convirtió en el Jules Romains de los católicos: dejó perplejos a los que esperaban de él una actitud mucho más atildada. Incluso el director de *Criterio*, monseñor Gustavo Franceschi, siempre contemporizador, tuvo que hacer malabares argumentativos para justificar su adhesión por Franco, una vez azuzada la polémica. Puesto que desde su punto de vista el nacionalismo español no podía ser asimilado al fascismo, Franceschi no podía compartir la postura de Maritain, pero podía al menos intentar comprenderlo. Procuró sin demasiado éxito atemperar los ánimos.

La Segunda Guerra no podía sino impactar en más honda medida aún. Era difícil permanecer indiferente tanto a la caída de París en las garras de Hitler, primero, como a la mundialización de la guerra que tuvo lugar luego de 1941. La aparición de *Orden Cristiano* –una publicación ya bastante conocida entre los historiadores– no tardó en avivar la polémica frente al episcopado, que se atuvo a una cada vez más cuestionada neutralidad, de ahí que la necesidad de autojustificarse estuviera presente en la revista desde sus inicios, según muestra Zanca. Con las firmas de Alberto Duhau, Rafael Pividal, Augusto Durelli, Manuel Ordóñez, entre otras tantas, la revista logró estrechar contactos con las principales plumas democristianas de América Latina, como también con la prensa no católica; las censuras que recibió de parte del episcopado argentino no le impidieron ganarse un reconocido lugar en la prensa antifascista, muy por el contrario, le dieron notoriedad.

Tanto en *Orden Cristiano* como en otras publicaciones antifascistas, sean o no católicas, fueron las mujeres las que, con osadía, llevaron más lejos las discusiones. Zanca recupera sus voces, sus guiños, sus ironías. El tono severo, sentencioso de *Orden Cristiano* contrasta con el estilo desenfadado, punzante, de las mujeres, en especial a medida que nos aproximamos a 1945. El mejor ejemplo en este sentido es el de aquel muy cínico Fray Pacífico, que remeda al padre Castañeda (¿o tal vez a Leonardo Castellani?): es el *alter ego* de la periodista antifascista Eugenia Silveyra de Oyuela, que se escuda detrás de un seudónimo no sólo fraileesco sino además masculino, para escribir con la más amplia libertad. Las plumas femeninas se habían hecho un importante lugar en el catolicismo de entreguerras. En este sentido no ha de extrañar que Silveyra de Oyuela, Mila Forn, Angélica Fuselli, entre otras, se hubieran formado en muchas de las "nuevas" asociaciones femeninas, que surgieron en entreguerras: el centro Blanca de Castilla, el Centro de Estudios Religiosos, el grupo Noel, la Compañía de San Pablo, etc. Si bien apañadas por la jerarquía eclesial, estos grupos se hallaban muy alejados de las formas más tradicionales de participación de la mujer, como es el caso de las asociaciones caritativas compuestas por matronas de sacristía. Quizás convenga repensar la década de 1920 a la luz de todo esto, y viceversa, también.

La segunda posguerra coincidió indudablemente con el gran momento de Maritain, así como también con el de los democristianos en general: Karl Adenauer, Luigi Sturzo, Alcide de Gasperi, entre otros. Habría sido interesante sopesar también qué aportaron a la democracia cristiana argentina estas otras tendencias no francesas, más allá de Maritain propiamente dicho; el solo hecho de que a Monseñor De Andrea se lo calificara "el Sturzo argentino" es sugerente. Sea como fuere, no hay dudas de que la alocución de Navidad de 1944, de Pío XII, preparó el terreno para lo que sería —en los términos de Zanca— "un fuerte y vivo resplandor", cuya influencia se extendería en mayor o menor medida por sobre los años cincuenta. La posguerra, el peronismo y todo lo que vino después terminaron por colocar a los más furibundos críticos de los democristianos, como es el caso de Julio Meinville, en un aislamiento casi sectario.

Zanca señala con agudeza que ya sobre el filo de los años sesenta, y en vísperas del Concilio Vaticano II, la figura de Maritain concitaba sin embargo menos interés en la Argentina que otras corrientes intelectuales y filosóficas francesas en alza, como es el caso del existencialismo. Para una Francia que comenzaba a estar sumida en guerras coloniales (Indochina primero, más tarde Argelia), Maritain se revelaba demasiado eurocéntrico tal vez, poco empapado de estas problemáticas. Desde el exilio, Maritain apoyó abiertamente a De Gaulle durante la Segunda Guerra Mundial, no así a los partisanos de la Resistencia, claro está, y fue nombrado embajador ante la Santa Sede por el gobierno provisional del célebre general francés. Proveniente de una Francia que no quería resignarse a perder sus antiguas colonias, sumidas en sangrientas guerras, Maritain perdió buena parte de su antiguo atractivo en la Argentina (y en América Latina, tal vez, aunque con bastante temor a la hipérbole de todas maneras), cada vez más empapada de las problemáticas del Tercer Mundo, por su parte. Las ciencias sociales y humanas en las que el catolicismo abrevó con fruición a fines de los años cincuenta ayudaron a diluir la centralidad de Maritain; acá hay un argumento muy interesante. Incluso en la moderada democracia cristiana argentina comenzaron a aparecer tendencias izquierdistas de cuño latinoamericanista, como señala Zanca en su análisis y quizás sea este un signo distintivo, en comparación con otras experiencias democristianas en América Latina.

Otro nivel de lectura que permite la obra de Zanca es el que discurre en torno al problema de la secularización, un concepto clave para los estudios de historia religiosa en cualquier rincón del mundo occidental en la era contemporánea. Sabemos que no podemos trabajar con conceptos absolutos, puesto que toda secularización es incompleta, relativa, cambiante. De allí que los historiadores, e incluso los sociólogos de la religión, que otrora esgrimieron conceptos más rígidos y determinantes —v.g., "las religiones están condenadas a perecer en la modernidad"—, prefieran hoy moverse con categorías flexibles, no deterministas, que permitan matices y ambigüedades.

En esta línea, Zanca trabaja con un concepto de secularización poco previsible, siempre relativo y provisorio. La secularización no es meramente un proceso provocado por agentes exógenos —la modernidad, el progreso, el Estado, la ciencia, el liberalismo, entre otros tantos—. Lejos de ello, la propia historia religiosa permite entrever que los límites de la autoridad religiosa en el seno del campo católico son un producto histórico que responde a sus propias lógicas intrínsecas. La secularización, pues, también podría ser leída como una tendencia a la declinación en la autoridad religiosa. Y así como en el Concilio Vaticano I se proclamó sin más la infalibilidad pontificia, casi un siglo después, el Concilio segundo giró en sentido contrario reafirmando la colegialidad y la participación de los laicos. Neto contraste que hablaría de la disminución progresiva de la autoridad, fenómeno que también puede ser entendido como secularización, según la particular inflexión que Zanca le da a este concepto, inspirándose en los aportes más recientes en este debate. En la historiografía argentina la propuesta es original, qué duda cabe.

Un comentario. Incluso en una institución tradicional como la Iglesia Católica, y aún en tiempos de cierta romanización, la autoridad se ejerce con alguna dosis de consenso. No se ampara sólo en la tradición y el derecho canónico, sino que se funda en transacciones con los múltiples actores que componen el mundo católico. Coerción y consenso conviven también en el ejercicio de la autoridad religiosa, y fueron indisolubles incluso en los tiempos del Concilio Vaticano I. En la historiografía europea dedicada a estos temas, las lecturas recientes del catolicismo decimonónico muestran que el proceso (así llamado) de romanización operado con Pío IX, primero y con León XIII, más tarde, mediante el cual se fortaleció la autoridad del papado, no se dio sólo por decisiones tomadas desde el poder, es decir, "desde arriba"; hubo infinidad de transacciones y negociaciones con múltiples actores que se encontraban en escalones inferiores de la jerarquía eclesiástica, de tal manera que no se puede dejar a un lado a los "de abajo", que están lejos de jugar un papel meramente pasivo.¹ Sabemos que ningún proceso de romanización es unilineal, así como tampoco lo es el ejercicio mismo de la autoridad religiosa. Basta ver la popularidad que alcanzó el culto a la personalidad en torno a los sucesivos papas del siglo XX, y que sigue al día de hoy, para advertir que esta cuestión de la autoridad no se reduce pura y exclusivamente a la coerción, por el contrario. La cantidad de invitaciones que recibió el arzobispo Santiago Copello para asistir a todo tipo de eventos sociales que escapaban al protocolo oficial de la jerarquía eclesiástica sugiere que su autoridad no se fundaba pura y exclusivamente en un férreo ejercicio del poder, sino que gozaba de un importante consenso entre sus fieles. Es cierto que la sociedad argentina de entreguerras estaba preparada, educada para demostrar deferencia hacia la autoridad, sea o no religiosa. Sin embargo, los obispos no pudieron por ningún gesto de autoridad impedir que esa misma deferencia se diluyera en el transcurso de los años cuarenta y cincuenta. Así, la cuestión de la autoridad religiosa es bien compleja.

Ello no nos impide reconocer cuán convincente es el argumento de Zanca de que el humanismo cristiano operó a la manera de un agente de secularización en la Argentina del siglo XX. Cabe preguntarse, también, entre qué otros agentes operó, y si no hubo también agentes de secularización impulsados empeñosamente por la propia institución eclesiástica, incluida su más alta jerarquía. Sin ir más lejos, y a modo de ejemplo, baste con mencionar los congresos eucarísticos de los años treinta, presentados siempre en clave triunfalista. No obstante, fueron más opacos de lo que parece a simple vista, puesto que mucha gente participaba por el propio atractivo del evento, más que por su contenido religioso; eran, de hecho, un fenómeno llamativo, que se nutría de la modernidad de los años treinta, y no se oponía a ella —la cuestión de la relación del catolicismo con la modernidad es siempre medular—. Vistos así, también los congresos eucarísticos podrían ser pensados como agentes de secularización, contra lo que suele pensarse habitualmente, y de este modo corre el riesgo de desmoronarse cualquier lectura en bloque del catolicismo argentino de los años treinta, aún bajo la férula de Santiago Copello. Así, pues, la secularización es un concepto que operativamente seguirá dando mucho que hablar, en la medida en que la identificación de los agentes de secularización pueda volverse una tarea inabarcable, casi infinita. Cabe entonces preguntarse acerca de la especificidad del humanismo cristiano como agente secularizador: su órbita de acción, su alcance, en comparación con otros agentes que operaron en ese mismo momento. Y más tratándose de revistas e intelectuales católicos que tenían más y mejor llegada en ámbitos laicos que en los católicos propiamente dichos, en especial entre los años treinta y cuarenta.

Pocas palabras restan, ahora centradas en el tipo de abordaje que Zanca hace de las fuentes, en especial, de las revistas católicas. Acá hay un punto fuerte, quizás el más, puesto que Zanca se las toma en serio y las lee con fruición, desde las columnas

¹ Clark, C. (2003) "The New Catholicism and the European Culture Wars", en C. Clark y W. Kaiser (eds.), *Culture Wars. Secular- Catholic Conflict in Nineteenth Century Europe*, New York, Cambridge University Press.

editoriales hasta la página de humor. Saca en limpio una lectura fresca y original de ellas, sin tapujos ni preconceptos. Así, se da el gusto de descubrirnos a Fray Pacífico, y otros tantos personajes más. Muchos de ellos son herederos de cierta frescura que aspiró a tener la prensa católica de los años veinte, con plumas descontracturadas como Alberto Molas Terán, "Falucho" (seudónimo del padre Francisco Laphitz), las jóvenes "noelistas" que se articularon en torno a la librería Noel, entre otras experiencias que se salían –o al menos lo intentaban– del estilo acartonado que era frecuente en el catolicismo de la época. Dejaron sus trazas en algunas experiencias visibles en las industrias culturales católicas de entreguerras, si bien en los años treinta prevaleció en líneas generales un tono más pacato, más victoriano. Así, el carácter antimoderno del catolicismo de entreguerras es algo sobre lo que se puede volver una y otra vez. Desde el momento en que muchos intelectuales polemizaron con sus pares por fuera del mundo católico, y argumentaron en su mismo terreno, podemos imaginar que su recepción de la modernidad ha sido quizás más matizada, y no se agotó en un simple rechazo blanco sobre negro, como se ha dicho muchas veces. Muchos de ellos participaban en foros que no eran pura y exclusivamente religiosos, algo revelador: Franceschi era miembro de la Academia Argentina de Letras, monseñor Fortunato Devoto, obispo auxiliar de Copello, era un respetado astrónomo formado en Europa que llegó a dirigir el observatorio de La Plata, y así sucesivamente. Una visión no compartimentada del catolicismo de los años treinta es algo enriquecedor.

Para concluir, es todo el concepto de cultura católica con el que se trabaja en el libro de Zanca el que merece ser puesto en primer término, dado que sin duda resultará estimulante para muchas otras investigaciones que vengan después: la cultura católica, tensionada, pero a la vez con su propio peso específico. Quizás algo devaluada en la historiografía hasta aquí, la cultura católica de entreguerras admite lecturas creativas. El libro de Zanca es una invitación a seguir por esta misma senda, u otras parecidas.